

XI Jornadas de Investigación. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

EL QUEHACER DEL ANALISTA EN SUS INTERVENCIONES.

Santiago Mazzuca.

Cita:

Santiago Mazzuca (2004). *EL QUEHACER DEL ANALISTA EN SUS INTERVENCIONES. XI Jornadas de Investigación. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-029/293>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eVAu/hNc>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

206 - EL QUEHACER DEL ANALISTA EN SUS INTERVENCIONES

Autor/es

Santiago Mazzuca.

Institución que acredita y/o financia la investigación

Facultad de Psicología, UBA.

Resumen

Este trabajo explora una pregunta por el quehacer del analista, formulada desde su práctica concreta. Para ello, parte del recorte de un caso donde se aíslan dos intervenciones de naturaleza muy distinta. Una responde a la estructura de la interpretación; la otra se encuadra más bien en el manejo de la transferencia (con Freud) o el acto (con Lacan). Al mismo tiempo, afirma la importancia del aporte que el psicoanálisis aplicado puede hacer en el ámbito de un hospital psiquiátrico.

Resumen en Inglés

This work explores the psychoanalyst' s task in his practice. For that purpose, it makes use of a case where is possible to isolate two operations of different nature: One of them, goes with the structure of interpretation; the other one, with the transference' s handling (according to Freud) or with the psychoanalytic act (according to Lacan). At the same time, this work states the importance of the contribution of the psychoanalysis applied to the psychotherapy in a psychiatric institution.

Palabras Clave

Intervención Interpretación Transferencia Psicoanálisis

¿Qué es el psicoanálisis? Es decir: ¿Qué hacemos, o qué buscamos hacer, como analistas? Como sugiriera Freud[i], un analista puede creer al principio que lo más fundamental en su quehacer es la interpretación. Sin embargo, la experiencia misma lo apartará de esa primera respuesta y lo conducirá más bien hacia otro polo, centrado en el manejo de la transferencia.

Este trabajo se propone interrogar el quehacer del analista desde la experiencia. Para ello, parte de un caso muy breve donde se aíslan dos intervenciones diferentes, de naturaleza muy distinta. Una de ellas, segunda en el tiempo, es una interpretación. Pero de la otra, primera en ocurrir, no creo que lo sea. Intentaré decir algo de ella.

I. EL CASO

Mirta es internada en la Sala de Mujeres de un hospital psiquiátrico de Bs As a fines de febrero. Según su historia clínica (venía en tratamiento ambulatorio en el mismo hospital desde hacía un mes), sufre de depresión desde hace alrededor de quince años, bajo la forma de intensos episodios de inicio y fin bruscos, y a raíz de los cuales llegó a estar un año entero en la cama y hacer un intento de suicidio. Realizó diversos tratamientos psiquiátricos durante años, siendo medicada con antirrecurrenciales, antidepresivos, ansiolíticos y halopidol. En nuestra primera entrevista, encuentro una abatida mujer de 57 años de edad, a quien la vida parece pesar hasta impedirle casi todo movimiento. Sobre su «depresión», dice[ii]: *«Es no querer ni poder salir de la cama. No querer comer. Es no vivir. ¡Y yo quiero vivir!: tengo un hijo de dieciocho años. Lo adoro. Quiero vivir por mí y por ellos [vive con su marido y su hijo]. [...] Dolor del alma. Soy un vegetal, no tengo fuerza para nada. Por momentos siento que me estoy muriendo. Siento la muerte cerca, estoy sufriendo mucho. No es vida, esto. Es una tortura vivir así [...] Terriblemente agotador, el esfuerzo que hago para seguir adelante: para respirar, para comer, para vivir.»* De hecho, pasa literalmente el día en la cama. De la causa de su enfermedad dice no tener idea, lleva alrededor de diez años, por ciclos; *«ahora es muy profundo, no puedo salir»*.

El problema de la transferencia no se hace esperar. Mirta no concurre a su segunda entrevista, y pronto me entero de que entretanto realizó una queja al Jefe de la Sala por la atención recibida por mí. En la entrevista siguiente, tras describir su depresión del mismo modo antes, concluye: *«A mí nunca me gustó la terapia. Tener que hablar.»* Y al comenzar

nuestro cuarto encuentro, unos días después: «*Te cuento que no es sólo con vos. Siempre tuve problemas de comunicación, y también con los terapeutas.*»

Ahora bien, mientras la interrogo más adelante por tales «problemas», va diciendo: «*Soy muy introvertida. Incluso en casa, con mi marido, no hablo, no tengo tema, nunca nada que contar. A pesar de que me integro a los grupos... No mantengo un diálogo. Estoy como encerrada en mí misma. De chica también era así. Es mi carácter. [...] En las terapias, cuando se producía un silencio, era terrible: me preguntaban en qué estaba pensando, “en nada”, “algo tiene que pensar”, y quizá estaba pensando en irme de ahí.*» —¿Y no lo decía?? —«*No, por vergüenza.*» Llamo su atención sobre el hecho de que allí no hablaba, pero no porque no tuviera nada que decir, sino por vergüenza.iii[iii]

Mirta responde: «*Ahora que me dice esto, hay una cuestión. Cuando Armando tenía un año yo quedé embarazada, pero no podía tenerlo por problemas económicos y por el trabajo. Yo lloraba mucho, pero estaba decidido. Pero tras la operación sentí que quería volver atrás, meter todo adentro. Me marcó para toda la vida. Armando nunca lo supo, que yo aborté un hermano [sic]. Mi esposo también quería que lo aborte. No me acompañó. Fue un arrebato: si lo hubiera pensado, lo hubiera tenido igual.*» Y en la entrevista siguiente, mientras nos preguntábamos por el comienzo de su depresión y tras señalar yo la aparente coincidencia temporal con la muerte de su padre, a la cual Mirta había negado importancia hasta el momento, ella dice: «*También la sufrí. Después de internarlo me fui de vacaciones a Mar del Plata, tranquila, y estando yo allá él murió. Me vine para acá, para despedirme, y volví a Mar del Plata para estar con mi familia. Ese duelo no lo hice. Lo aborté.*» Llamo su atención sobre el término ‘abortar’ . —«*Ambas son pérdidas irreparables*» -concluye. A partir de aquí Mirta comienza a pedir permisos de salida.

Abre la sexta entrevista diciendo: «*De mi depresión estoy bastante mejor. [...] No tengo hambre pero como igual; aumenté dos kilos. Lo que me tiene mal son las náuseas. Es lo único que me tiene mal: náuseas y falta de apetito.*» «*Como de prepo. Incluso a veces con náuseas. Pongo tanta voluntad, tanto esfuerzo para curarme, que igual voy a comer*» (padece náuseas desde que comenzó la depresión). Pregunto si hay alguna otra cosa que haya hecho “de prepo”, dice: «*estudiar*», yo le recuerdo entonces que en la entrevista anterior se refirió a su esfuerzo para comer diciendo “hago los deberes”.iv[iv] Responde diciendo: «*Me costaban mucho las lecciones. Retenerlas.* [En la primaria, de principio a

fin.] *Mi papá me exigía mucho, me ponía muy nerviosa. Entraba a las 13hs (era turno tarde); mi mamá me daba de comer a las 11hs porque al llegar la hora de entrar me ponía nerviosa y vomitaba si comía. Me daba mucho miedo ir al colegio. [...] Porque me costaba tanto la lección y mi papá me exigía tanto. Si pasaba a dar lección me abatataba; me bajaban la nota, y mi papá me amenazaba: si no pasaba de grado me iba a internar en una escuela de monjas y no vería más a mi mamá ni a mis hermanas. [...] Me gustaba el piano ; mi papá me decía: “ Hasta que no aprendas las tablas no vas a estudiar piano.” Y nunca me mandó. Me cortó las alas de chica. Fue muy doloroso ...»* Cierra la entrevista diciendo: *«Tocaste un punto... clave, sensible. Ahora que hablamos del colegio me duele el estómago, me duele como si tuviera que ir a clase»* (lo dice doblada sobre sí).

Detengo aquí el relato porque basta para retomar la pregunta del comienzo por el quehacer analítico en las intervenciones. De todos modos, el tratamiento apenas se extendió por tres entrevistas más. Los signos de la «depresión» ceden con rapidez. Sólo persiste el dolor de estómago (mientras ella pretende haber recuperado una perfecta felicidad con su familia), pero al final remite incluso ese último síntoma, poco antes del alta.

II. Sucesos en la palabra

En el curso de este escaso mes de tratamiento, se registran cambios en la paciente que podemos considerar como efecto terapéuticos: al inicio Mirta pasa el día tirada en la cama, a las dos semanas aparecen las ganas de salir de permiso, unas semanas después urge el pedido del alta. Si nos volvemos sobre el tratamiento con la pregunta de qué puede haber contribuido a producir esos cambios subjetivos, se aíslan fácilmente dos acontecimientos. Son dos acontecimientos de palabra que voy ahora a retomar en función de la pregunta inicial, pues cada uno de ellos incluye una intervención (que subrayé al reseñarlas), y ellas no son en absoluto de la misma naturaleza.

El primero de esos acontecimientos que convocó mi interés es el segundo en la secuencia temporal: cuando a mi pregunta de si hacía otra cosa «de prepo», Mirta responde con el estudio, ubicando así el «estudiar» donde estaba el «comer». Podemos afirmar, con Freud, que hay en juego una interpretación: un desciframiento, una traducción, la sustitución de una representación («estudiar») por otra («comer»). En este sentido, la interpretación es hecha por la paciente misma. Ella ilumina así, como con un relámpago, una verdad, hace

surgir un novedoso sentido desde su historia y se precipita directamente sobre él (sea o no consciente del mecanismo que acaba de hacer funcionar). No es extraño que sea ella quien realice esa interpretación, si es ella misma quien había realizado el ciframiento, infantil y sintomático, que la interpretación descifra: aquél por el cual la náusea era ya entonces el único vestigio de la parte de su ser que quedó «abortada» ante la demanda parental. Lacan hace evidente que la interpretación se soporta en ciertas propiedades del significante. Que no sólo permiten la sustitución de una representación por otra, sino la de un significante... ¡por sí mismo! (pero con diversos valores de articulación). Es el caso de su expresión «de prepo» («de prepo»..comer, o «de prepo»..estudiar), y de «hacer los deberes» (en el sentido de estudiar, o en el de «comer las colaciones»...como exige el tratamiento). Esto me permite cernir la parte que me toca a mí en esta interpretación. Pues yo no he puesto una palabra en lugar de otra, sino que he invocado puramente la equivocidad del significante^v (y sin tener que meter mano en el sentido); he interrogado, pulsado una palabra que me pareció apta para ser usada de puerta (como un hipervínculo). He aprovechado que la relación entre el significante y el sentido es lábil, maleable. Personalmente (y tal como advirtiera Freud), lo primero que captó mi atención en el psicoanálisis es esta propiedad misteriosa del significante que lo hace parecer a una puerta mágica, como una puerta giratoria vertiginosa que nos escupe en cualquier dirección, o como se dice a veces de los agujeros negros, puntos del campo espacio-temporal que misteriosamente conectarían con otros puntos impredeciblemente lejanos o cercanos. Uno se mete con un significante y nunca sabe (por estructura) adónde va a parar. Freud descubrió que este poder oscuro de las palabras^{vi} marca en su esencia lo que las personas hacen y son en tanto tales^{vii} -manifiesto por ejemplo en el hecho de que baste pulsar sobre una palabra para que esta mujer se doble sobre sí misma de dolor...(¿de qué?) El cuerpo y el alma bailan al compás ingobernable de las palabras. Eso fue lo que inicialmente me llamó de Freud, y al momento de enfrentar la práctica, lo creía el instrumento más importante a mi disposición: esa flojera del significante, que abre las puertas a la interpretación. Sin embargo, la práctica enseña también otra cosa. Aquí nos sale al paso el primer acontecimiento que subrayé más arriba. Aquél primer suceso -recordemos- consistió en **rectificar** a la paciente en uno de sus dichos: mientras ella pretendía no hablar por no tener

nada para decir, subrayé que sí tenía algo por decir, y que si callaba en todo caso era por otra cosa. El movimiento con que Mirta responde a esta intervención es empezar a hablar de ciertas cosas (que hasta entonces callaba) y a tener ganas de varias otras. Los efectos terapéuticos parecen más asociados a este primer suceso que al que le siguió, lo cual lo vuelve interesante...y sin embargo, no tan fácil de conceptualizar para mí. Quizá porque no se trata de una interpretación...y entonces, ¿de qué?

He utilizado el término *rectificación*. Por supuesto, es de Lacan, de «La dirección de la cura y los principios de su poder». Allí la caracteriza de la siguiente manera: “[Freud] *empieza por introducir al paciente a una primera ubicación de su posición en lo real [...]*”, y “*en cuanto a la realidad [...] no se trata de adaptarlo a ella, sino de mostrarle que está demasiado bien adaptado, puesto que concurre a su fabricación*» [5, p.576]. En el caso de Mirta, tomemos por “realidad” el hecho de sus «problemas de comunicación». La rectificación sería mostrarle que ella no sufre pasivamente de ese problema de comunicación sino que lo produce activamente, decidiendo callar lo que le costaría decir. Y efectivamente, pienso que si la intervención pudo tocar a la paciente fue por convocar su participación, su responsabilidad (pero que es también su acceso: su posibilidad de producir un cambio) en aquello que padece y de lo que se queja.

Ahora bien: Llegados a este punto de la articulación entre la pregunta de la que partimos (por el quehacer del analista) y el material a cuyo encuentro la lanzamos, el recorrido del trabajo me lleva a formular el siguiente planteo: **esa rectificación no es una interpretación**. Voy a decir ahora por qué lo considero así...

Dijimos que la interpretación invoca la *equivocidad* del significante (aquí: «deberes» o «de prepo»), aprovecha el hecho de que esa relación entre las palabras y las cosas es tan lábil y maleable que en verdad una palabra puede valer tanto como otra, pueden sustituirse entre ellas en equivalencias («estudiar» por «comer»). Ahora bien, la rectificación es en cierto sentido lo contrario. Consiste en decir que si se dijo algo se lo dijo, y no da lo mismo que no haberlo dicho o que haber dicho otra cosa. No se juega (como en la interpretación) con el hecho de que las palabras, en el fondo, en sí mismas, sueltas, no significan nada, o pueden significar infinidad de cosas; al contrario: Mirta dijo que callaba por vergüenza, y eso significa que callaba por vergüenza, y punto. No que callaba porque daba igual, o porque no había nada que decir. Había qué decir y prefirió callar. Es eso, simple y

solamente eso, y aquí lo demás es puro bláblá. Es como si las palabras de pronto se volvieran reales, muy reales, muy concretas, muy certeras (a diferencia de la equívocidad) y tocarse al analista defender ese valor de las palabras.

Lo que está en juego es una *posición fundamental del sujeto*, que es en definitiva posición respecto de la castración (aunque aquí se muestre como posición respecto de las palabras). Entrar en el comercio cultural, humanizarse y relacionarse con otros, o sea, hacer uso de las palabras, implica tomar posición: hay que decidir si se pagará o no el precio de utilizarlas. El precio de usar las palabras para ser, es la castración. El sujeto decide si lo asume. (Por supuesto, no elige si la castración llega o no a tocarlo, porque es de estructura y lo alcanza lo quiera él o no; pero sí elige su propia posición -asunción o renegación- respecto de ella, y eso decide el modo en que paga por ella. Y una manera de “ pagar el precio de usar palabras para ser” -como dije un poco dramáticamente- es asumir que se las dijo: si se dijo eso se lo dijo, y es eso, y no cualquier otra cosa o nada.

Detengámonos un momento más en esa posición del sujeto (renegación), y en qué de la posición de su interlocutor puede ayudarle a transformarla. El “ precio” que el sujeto pretende ahorrarse es una “ página de vergüenza” de su historia, como lo dice Lacan [3, p.251] y retomando el término de la paciente. En tal ahorro hay una ganancia de placer, que Freud llama “ ganancia primaria” [2, p.348], y que se manifiesta más bien como evitación de un displacer, de un fragmento del propio ser (y de la propia historia) que resulta angustiante. Ahora bien: Puesto que en el animal hablante la historia y el ser se constituyen a través de la palabra [3, pp.245 y 247], que es siempre una palabra dirigida a otro, la posición de ese otro también incide por retroacción redefiniendo (o re-decidiendo) el ser mismo que habla y su propia historia que “ relata” . [4, p.318] Y lo que cuenta en este otro (el terapeuta como interlocutor) no son sólo sus dichos sino también, y sobre todo, su propia **posición de enunciación**. Esto nos lleva al último mojón del recorrido: el alcance transferencial de la intervención.

Cuando Mirta y yo conversábamos sobre su callar, contábamos ya con nuestra pequeña historia de relación, donde el callar forma parte del libreto. Ella venía callando (evitando decir ciertas cosas dolorosas, conscientemente o no) ante mí; yo venía consintiendo con mi presencia, cómplice y partenaire de esa “ satisfacción” . Hasta que su discurso me ofrece la oportunidad de desplazarme de ese lugar, insinuando una posición diversa en esa

satisfacción silenciada o muda en la escena transferencial. La pregunta de mi intervención apunta a des-cubrir la “ castración” activamente desconocida^{viii}[viii] (lo vergonzoso, las «pérdidas irreparables»), a conmover esa posición subjetiva renegatoria. En esta pregunta se juega mi propio “ juicio más íntimo” [5, p.567] (como posición respecto de esa castración ahí articulada entre ella y yo como vacilación entre decir y callar), y la intervención se acerca así más a un acto^{ix}[ix] que a una interpretación. Un significante se repite^x[x], se redobla, en el mismo movimiento de pronunciarse: la palabra «decir» (o «no callar»). Está dicha en el enunciado, y además está actuada en la enunciación (porque yo soy ahí - diciendo- su terapeuta con el que ella preferiría no decir...aunque también dice).^{xi}[xi] No es ni una palabra sin hecho ni un hecho sin palabra. Es un significante muy particular, que se parece casi a un nombre: porque aquello que significa existe como referente real (y ahí mismo, en acto); o mejor dicho: porque en esa “ repetición” redoblada sobre sí, ese significante crea su propio referente, abriéndole un surco en lo real.^{xii}[xii]

Así comienza Mirta a hablar (y asumir) ciertas «pérdidas irreversibles», y lo que cosecha con eso es un reencuentro con el deseo. Ocasión para nosotros de volver a sostener que un analista puede ser útil en un hospital aún haciendo otras cosas que un análisis propiamente dicho (o un análisis “ puro”).^{xiii}[xiii]

BIBLIOGRAFÍA:

1. S. FREUD, «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia», en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, tomo XII, p. 163.
2. ——— “ 24ª conferencia. El estado neurótico común” , en «Conferencias de introducción al psicoanálisis», en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, tomo XVI, p. 348.
3. J. LACAN, «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1988, p. 251 (página de vergüenza), 283 (interpretación y equívocidad), p. 245 (el ser { *Wesen* } se constituye en la palabra), p. 247 (la historia se constituye por la palabra dirigida al otro).
4. ——— «Variantes de la cura-tipo», en *Escritos I, op. cit.*, p. 319 (secreta intimación), p. 318 (de la escucha del interlocutor dependen, no sólo el sentido, sino también *quién* habla).
5. ——— «La dirección de la cura y los principios de su poder», en *Escritos II*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1987, p. 576 (la rectificación subjetiva), p. 581 (¿rectificación es interpretación?), p. 567 (el juicio más íntimo...y el núcleo del ser { *Wesen* }).
6. ——— «El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas», en *Escansión*, nº1, revista del Campo Freudiano, p. 60-5.
7. ——— *Seminario XIV: La lógica del fantasma*, inédito, clase del 22-2-67.
8. ——— *Seminario XV: El acto psicoanalítico*, inédito, clases del 29-11-67 (transferencia y acto analítico) y del 28-2-68 (acto como repetición en un solo rasgo y significante que se significa a sí mismo).
9. ——— *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XVII: El reverso del psicoanálisis, 1969-70*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1992, p. 37.
10. ——— «Proposición del 9 de octubre de 1967», en *Ornicar? Nº1*, Ediciones Petrel, Barcelona, 1981, p. 18 (saber referencial).

[i] “ Acaso todo principiante en el psicoanálisis tema al comienzo las dificultades que le depararán la interpretación de las ocurrencias del paciente y la tarea de reproducir lo reprimido. Pero pronto aprenderá a tenerlas en poco y a convencerse, en cambio, de que las únicas realmente serias son aquellas con las que se tropieza en el manejo de la transferencia.” [1, p.163]

Aclaración: Todas las referencias a la bibliografía son hechas entre corchetes, incluyendo primero un número romano en negrita que indica el número de la obra citada (en la lista bibliográfica) seguido del número de página en el caso de que lo haya.

ii[ii] Incluyo entre estas comillas (« ») y en cursiva los dichos de la paciente. Las aclaraciones entre corchetes son siempre mías, aún dentro de esas comillas.

iii[iii] (Ésta es la primera intervención que retomaré más adelante.)

iv[iv] (Ésta es la segunda intervención que retomaré.)

v[v] Que la equivocidad del significante fue considerada por Lacan como la base de la interpretación (y de las formaciones del inconsciente) de una punta a la otra de su obra, puede corroborarse por ejemplo en «Función y campo...» [3, p.283], y en *L' étourdit* [6, p.60-65], donde los equívocos se agrupan según tres recursos: la homofonía, la gramática (la agramaticalidad) o la lógica (la paradoja).

vi[vi] Que Freud llama por ejemplo “ cambio de vía” , tomando el término de lo que su propia neurosis le enseñaba.

vii[vii] (Sus deseos, sus valores, o cualquier otro destino que se logre dar a la pulsión.)

viii[viii] Eso que en los escritos tempranos de Lacan aparece conceptualizado como *desconocimiento* (función principal del yo) parece muy articulable con esa posición subjetiva que Freud llama *renegación* (*Verleugnung*). (Y en ambos autores esa posición puede aplicarse tanto a la neurosis como a la psicosis como a la perversión, aunque de maneras distintas, por supuesto.)

ix[ix] “ Fuera de lo que he llamado la manipulación de la transferencia no hay acto psicoanalítico” – dice Lacan [8, 29/11/67]. Con esto retomamos la oposición freudiana presentada al comienzo entre interpretación y manejo de la transferencia; retomada pues con Lacan como diferencia entre la interpretación y el acto.

x[x] “ Un acto es un significante que se repite” – ubica Lacan. [7, 22/2/67]

xi[xi] Y por esto parece que en esa intervención hay en juego, efectivamente, un **decir**.

xii[xii] Dice Jacques Nassif y suscribe Lacan: “ El acto se presenta en efecto como la paradoja de *una repetición en un sólo rasgo*, y ese efecto topológico permite presentar que el sujeto en el acto sea identificado a su significante o que la repetición intrínseca a todo acto se ejerza en el seno de la estructura lógica por el efecto de retroacción. *El acto es pues el único lugar donde el significante tiene la apariencia o incluso la función de significarse a sí mismo*, y el sujeto en ese acto está representado como el efecto de la división entre el repitente y lo repetido que son sin embargo idénticos.” [8, 28/2/68]. (El subrayado es mío.)

xiii[xiii] En este caso, un análisis en sentido estricto ni siquiera comenzó. A pesar de lo cual sí hubo escucha analítica, algunas intervenciones y claros efectos terapéuticos.